

ACADEMIA COLOMBIANA

Memoria del Subsecretario leída en la junta pública
del 3 de octubre de 1933

Señor Director, señores Académicos:

«Coincide esta junta de nuestra Academia con la época en que se registra la primera fecha secular del nacimiento de uno de sus individuos que alientan más nuestra historia literaria y arrojan luz vivísima en ella».

Tales son las palabras con que don Diego Rafael de Guzmán, esclarecido secretario que fue de este instituto, principia su reseña en 1914. Y aun cuando él las aplicaba a don José Joaquín Ortiz, vienen atinadamente al caso, porque esta nueva junta, la primera de carácter solemne después de un prolongado desfallecimiento, ocurre cuando todos los que sabemos agradecer el regalo de una emoción nos preparamos a festejar el primer centenario natalicio de otra lumbrosa cumbre de la lírica española, que antecedió al señor de Guzmán en su cargo ante vosotros, y que con idéntica maestría supo decir la pavora de la desesperación y poblar de sonrisas y colores los cándidos ensueños de los niños.

Esta Academia que fue la suya no podía permanecer en indolencia delante de una fecha tan señalada, y cual si los poetas poseyesen también la facultad de hacer milagros a la sola invocación de su nombre, al primer lejano resplandor de la misma aurora que nos lo trajo al mundo todos nos hemos puesto en pie para aguardar reverentes a que esa luz pretérita retaña en nuestro espíritu tan excelsa memoria.

La circunstancia de que el señor Gómez Restrepo haya sido designado para contestar al recipiendario de

esta noche os priva de oírle narrar las vicisitudes de la Academia y os fuerza a tolerar la desmayada prosa del leyente en vez de la muy castiza del secretario perpetuo; desventaja grande para vosotros, defraudados en la esperanza de una pieza de subido valor literario, pero buena excusa para el novicio, que no está obligado a rayar con los maestros.

Con ocasión de los cuatro siglos de nacida Santa Teresa y de los tres de muerto Cervantes, verificó la Academia juntas extraordinarias y públicas en 14 de octubre de 1915 y en 20 de mayo de 1916. En una y otra solemnidad hablaron con grande primor y erudición los señores José Joaquín Casas y Marco Fidel Suárez, respectivamente, y en ambas monseñor Rafael María Carrasquilla y don Antonio Gómez Restrepo. Todos estos estudios verán la luz en el cuarto volumen de vuestro *Anuario*, en cuya publicación se ha emprendido con el muy valioso apoyo del Ministerio de Gobierno.

A 4 de mayo de 1919 se recibió como académico del número don Guillermo Camacho Carrizosa, quien con la agilidad y elegancia que distinguieron su estilo, trató del ejercicio del periodismo, en brillante discurso que le fue respondido por el director de la Academia, con la discreción que le era propia, y haciendo resaltar, a la vez que los grandes merecimientos del señor Camacho, los conceptos que con él en mayor grado compartía.

Otro biógrafo—y por cierto de los más felices—del señor Marroquín, así como del señor Fallon, cuya silueta es una de las más risueñas páginas que se hayan escrito por acá, tomó puesto en la Academia la noche misma del día en que hizo su entrada a la ciudad la Virgen que de largo atrás señorea la que es nativa del poeta, porque poeta, y de los más populares y sentidos se reputa con justicia al señor Casas.

Su discurso, que le fue contestado por el señor Gómez Restrepo, toca el tema siempre vivo del desamor que en Colombia profesamos a lo nuestro. Huelga decir que en él vierte el señor Casas su gracejo peculiar y pone, al referirse a Bogotá, ese calor que le califica de acendrado santafereño, pese a la equivocación de la suerte que le hizo nacer en la tierra que él ha inmortalizado con el nombre de Villasuta.

En la fecha clásica del Instituto, que es la misma de Bogotá, fue recibido en 1919 el que hoy lo preside y presidió el país de 1926 a 1930. Con la profundidad de conocimientos que sólo columbra en el señor Abadía el que haya tenido la fortuna de tratarlo de cerca, desarrolló una magistral exposición sobre don Miguel Antonio Caro, visto por sus aspectos de escritor, de filólogo y de humanista latino, aprovechando la coyuntura para marcar la importancia de las disciplinas clásicas. Estaba indicado para responderle, y así lo hizo en limpia y elegante prosa, don Hernando Holguín y Caro.

Y por cierto en aquella misma ocasión don Eduardo Zuleta leyó un jugoso y amenísimo estudio sobre Pérez Triana, a quien había conocido de manera muy íntima, estudio que fue con mucho calor aplaudido.

Por desgracia, bien pronto perdió la Academia a don Hernando Holguín, tan señalado en ella como en la sociedad colombiana. Y pues mal podía carecer el hogar de las letras de un apellido tan ilustre en la historia de las colombianas desde los tiempos coloniales, y como por fortuna en aquel tronco robusto nunca han faltado, ni permita el cielo que falten, lozanos y vigorosos renuevos, pudo la Academia darse el placer de llamar a su seno a don Víctor E. Caro, a cuya obra literaria, tan breve como valiosa, puede muy bien aplicarse la frase del señor Suárez a propósito de un librito de Arboleda, del cual dice que no pesa como el

oro, sino como el diamante. Comentó el reputado sonetista las obras que en ese difícil género había labrado el autor de sus días a sombra del paterno alero, abatido luégo para que allí se alzasen los muros del edificio destinado por la ley a la Academia. La bienvenida estuvo a cargo de don Antonio Gómez Restrepo; que se la dió en cariñosa y bien escrita oración.

Verificóse la última de las juntas solemnes en 6 de julio de 1924, para recibir al doctor en filosofía y letras y profesor de gramática del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, don Luis María Mora. La circunstancia de haber sucedido, así en la cátedra como en la Academia, a don Diego Rafael de Guzmán, dióle asidero para su discurso, que es un alto elogio de esa ciencia y de quienes la enseñan, partiendo de las madres, a las cuales, a fuer de buen poeta, consagró el orador calurosas páginas henchidas de emoción. Recibió al nuevo académico el señor Casas, con palabras que complementaron a maravilla la tesis sustentada por el analizador del alma nacional y en que se sacan a luz los muchos títulos que al doctor Mora acreditan.

A las tristes pérdidas que hizo la Academia con la desaparición ya mentada de los señores don Hernando Holguín y Caro y don Diego Rafael de Guzmán, hubieron de sumarse, en prolongado duelo, las que la afectaron con la muerte de siete de sus más ilustres individuos: don Liborio Zerda, el venerable autor de varios estudios científicos y de aquella preciosidad de monografía sobre el Dorado; don Carlos Calderón, el republicano del Consejo Nacional Constituyente, infatigable periodista y autor de más de un ensayo sobre Núñez; el prestante gramático don Emiliano Isaza; el ágil autor de *Pax* y el de ese otro gran libro intitulado *Crítica y Política*; y, finalmente, dos elevadas cumbres de la erudición y de la oratoría, de la filología y del magisterio, que respondieron a los nombres de Marco Fi-

del Suárez y Rafael María Carrasquilla, presidente de la república el uno, y director de esta Academia el otro por casi un cuarto de siglo.

Imposible parecía que el Instituto sobreviviese a tamaños quebrantos, y más cuando a ellos se añadieron los que de nuevo padeció con el fallecimiento de los señores don Diego Mendoza Pérez, don Antonio José Restrepo y don José Vicente Concha, en quienes había fincado nuevas y halagadoras esperanzas. Bien que no alcanzaron a recibirse, dispuso la Academia que sus nombres se guardasen vinculados a los sillones que se les habían señalado, por haber sido aquellos tres esclarecidos ciudadanos harto reputados ingenios.

Mas a Dios gracias los reiterados esfuerzos hechos para vivificar a la Academia ora por monseñor Carrasquilla con ocasión del cuarto centenario de fray Luis de León y a ruego de la Universidad de Salamanca, ora al cumplirse el de Vergara y Vergara, a instancias del ministro don Abel Carbonell, y, finalmente, por empeños de su sucesor en la cartera de Educación Nacional, don Julio Carrizosa Valenzuela, dieron al cabo fruto, cual lo testifica la reunión de esta noche, primera de una nueva etapa que ojalá resulte perdurable y fecunda.

No otra cosa prometen las designaciones hechas últimamente para las plazas vacantes, todas acertadísimas, con la sola excepción de una que no hay para qué declarar, porque la insignificancia del agraciado salta a la vista y acaso se confirma con vuestro deseo de que se concluya pronto esta lectura. Han sido elegidos don Guillermo Valencia, el excelso poeta que en las redes de luz de su clarísima palabra ha sabido aprisionar las más hondas y las más gráciles emociones; don Baldomero Sanín Cano, crítico y periodista de fama continental; el bien conocido recipiendario de esta noche, cuyo elogio cometo al señor Gómez Restrepo; el

actual ilustrísimo rector del Colegio del Rosario, tan versado en las letras divinas cuanto en las humanas; el R. P. Félix Restrepo, filólogo eminente; el ameno y regocijado cantor de la Sabana y de Nariño, don Tomás Rueda Vargas; don Alfonso Robledo, un devoto de Caro y a quien debemos más que el elogio, una inolvidable escultura del buey, que se compara en fuerza y en acierto con el altorrelieve que labró Rivera en la carrera de potros de su *Tierra de Promisión*; don Raimundo Rivas, historiador de finos quilates y el atildado prosador y polemista don Eduardo Guzmán Esponda.

Tan afamados nombres complementarán a maravilla la muy lucida nómina de la Academia, donde están representadas ahora todas las ramificaciones de las letras, desde los severos estudios filológicos hasta la alada poesía. Quiera el cielo prosperar a tan docto instituto, el más antiguo de su género en América.

Ninguno como él va tan seguro hacia el Belén de la Belleza, porque adelante lleva a los tres reyes magos del idioma: Caro, Cuervo y Suárez.

